

tratado de moral, y de una madre muy devota de todos los santos, muy cofrade de todas las cofradías y que no sólo cumple con la Iglesia en Pasua Florida, sino que parece estar siempre en peligro de muerte, según lo que menudea sus confesiones.

—¿No sabe V. que se casa Clarita?—me dijo la mamá señalando á la muchacha, que se puso muy colorada.

—No, señora; no lo sabía—respondí yo.—¿Y quién es el mortal afortunado?

—Juanito Fernández.

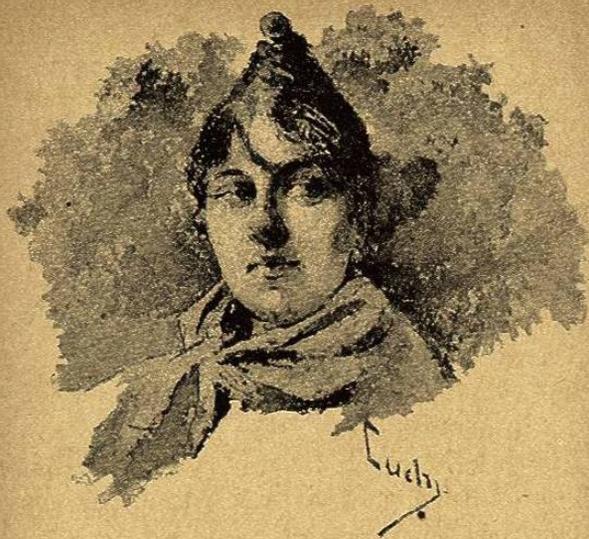
—¡Juanito!

—Sí—repuso el padre;—ese calaverilla me ha prometido sentar la cabeza.

—Y sobre todo—añadió la mamá—él será algo aturdido, pero tiene buen fondo. ¿No es así?

—Ya lo creo, señora—replique yo;—no lo sabe usted bien.

Y cogiendo el sombrero, me despedí de la futura suegra de Juanito.



ENCARNACIÓN.

ERA una de esas mujeres marcadas por el sello infamante de la deshonor; máquinas humanas donde los apetitos sensuales pueden satisfacerse mediante el pago de cierta cantidad; esclavas de la miseria, cuyas gracias y aptitudes se

cotizan en los mercados del vicio; fragmentos haraposos de humanidad arrojados por una mano implacable en medio del arroyo para que sufran riendo la caricia del libertino, el golpe del borracho, la baba del viejo disoluto y el rencoroso desprecio de las gentes honradas.

Encarnación pertenecía á este género de mujeres, y era, si no tan culpable como algunas de ellas, tan desgraciada como la que más.

Educada por un padre vicioso y por una madre automática, viendo siempre en los menores detalles de su vida infantil ejemplos perniciosos de escándalo, tratada como un mueble y golpeada como una bestia, representando en aquella suma de sexos la menor cantidad posible, comiendo algunos días, llorando los más, semi-idiota é inmóvil, vivió mucho tiempo la pobre niña, si por vivir se entiende la circulación de una sangre anémica y el agazapamiento de un alma insegura, vivió sujeta á la cárcel de su hogar, contemplando en los utensilios varios aquí y allá esparcidos, compañeros mudos que la escuchaban, y en la azul atmósfera, apenas bosquejada por la estrecha abertura de su buhardilla, un porvenir flotante.

He aquí todo cuanto pudo formar aquel espí-

ritu en los primeros días de su mezquina existencia.

Pero llegó una hora en que la niña se sintió mujer, y, cosa extraña, mujer hermosa. Dentro de esos cubiles humanos repletos de miseria y podredumbre suelen crecer flores esbeltas que, huérfanas de luz, de aire, de espacio, de alegría, se alzan, no obstante, ricas en color y perfume.

¿A qué obedece esta contradicción brusca? ¿Quién lo sabe! Tal vez á las frías combinaciones de la suerte; acaso á los caprichosos encarnizamientos del destino. Porque el destino es un gran constructor, lo mismo en las construcciones de luz que en las construcciones de sombra. Bien es cierto que tiene un auxiliar poderoso: la sociedad *perfeccionada* que nos rige.

El destino, al ensañarse con Encarnación, la había dotado de una familia en cuyo seno la miseria, el embrutecimiento y la infamia disfrutaban partes iguales; pero Encarnación fea, Encarnación insensible, Encarnación estúpida, hubiera muerto incrustada en aquel zaquizamí ó perdida en el mundo sin voluntad y, por consiguiente, sin dolor. Nacer bestia y morir bestia con algunos golpes llenando el hueco de estas dos etapas, es, ya que no la felicidad, la insensibilidad, y la in-

sensibilidad forma parte de los favores que merecemos á la suerte. Como el destino, una vez comenzada su tarea, necesitaba exprimir sobre aquella mujer inocente todos los tormentos y todas las decepciones, la hizo hermosa, con esa hermosura meridional, fantaseadora, enérgica, precoz; removi6 en su alma todos los apetitos, todas las sensibilidades; corri6 con mano segura el velo que cubri6 hasta entonces la imaginaci6n de la ni6a, y, ayudado por una educaci6n falsa, por una belleza arm6nica, por un temperamento excitable y por un ansia febril de afectos m6ltiples, se cruz6 de brazos, esperando el desenlace de aquella aurora que semejava volc6n.

Encarnaci6n, al sentirse mujer, ¿qu6 hizo?

Fu6 el de entonces uno de esos momentos psicol6gicos que determinan el porvenir de una existencia: la ni6a, al transformarse como organismo, se transform6 como alma; se vi6 hermosa y se reconoci6 sensible; la superficie pulimentada de un espejo fu6 el espacio brillante donde se verific6 tan s6bita mudanza.

Allí pudo observar que sus cabellos, desmadrados y sucios, tenian, no obstante, suavidad sedosa y ondulaciones bellas; que sus ojos brillaban con resplandores infinitos, y que sus labios mos-

traban, al plegarse, todas las armonías del placer. Allí admir6 tambi6n la curvatura suave y gentil de su garganta, mal cubierta por un pa6uelo hecho jirones, y la morbidez de sus hombros y la esbeltez de su talle. Cuantos dones le prodig6 Naturaleza mostr6ronsele á un tiempo, y sus mejillas aterciopeladas se colorearon de rubor pensativo. La mozuela ignorante, la cosa viva, el harapo humano, se irgui6, y, diputando por bella su imagen, reflejada en el fondo de un vidrio roto, dej6 de ser instrumento para convertirse en fuerza.

Cuando la noche, oscura y fría, hizo tenderse á Encarnaci6n sobre el áspero lecho de sus miserias, la joven, ocultando bajo el cabezal de crin el trozo de espejo, comenz6 á registrar su espíritu. Al registrarle, pasado y presente se le ofrecieron en toda su horrible desnudez. Los a6os de su infancia mostr6ronsele con trágicos perfiles.... ¡Qu6 a6os tan amargos los de su infancia! Sin afectos, sin caricias, el tiempo cruel, sus padres indiferentes y ella sola; su cuerpo desnudo y su inteligencia embotada; ni un beso de cari6o sobre sus labios, ni un recuerdo de ventura bajo su frente.

Esto en cuanto se refería al pasado; pero, ¿y el

presente? El presente era aún más triste. Antes estúpida é inmóvil, la niña pudo juzgar tales acontecimientos necesarios, y, en su consecuencia, sufrirlos; ahora no; ahora el sentimiento de la verdad ocupaba su alma con todo el ímpetu de un éter comprimido que se desborda; su angustioso estado se la ofrecía tal como era: crimen; no suceso natural, obra de la infamia, engendro monstruoso de un delito; y al comprender esto, Encarnación acusó al presente, apoyándose en los presentimientos del porvenir.

¡Cuántas ideas flotaron durante la noche sobre el cerebro de la joven! ¡cuántos odios salieron de la sombra! ¡cuántos planes forjó el delirio! Suspiros angustiosos se deslizaban por los labios de Encarnación; quejas mudas se formularon en su garganta, y reproches enormes, condensándose en su agitada razón, la obscurecieron. Lo desconocido, abriendo sus puertas á la virgen despreciada, resplandecía con tonos de placer, y auras de libertad, acariciando su frente ceñuda, jugaban con los rizos caprichosos de su abundante cabellera.

Al fin, la aurora vino á reflejar su blanquecina luz sobre el hermoso cuerpo donde tan fiera lucha riñeron los espectros del ayer y las promesas del

mañana. Encarnación dormía. Su cabeza descansaba suavemente en el gracioso almohadón de su brazo redondo; dos lágrimas temblaban en sus retorcidas pestañas; sus labios sonreían, plegándose con despreciativo gesto, y en sus fruncidas cejas brillaba una resolución implacable, mientras su mano breve, nerviosa, morena, oprimía el trozo de espejo donde se contempló por la mañana.

Dulcemente impresionada por el resplandor tibio del día, la mozuela abrió los ojos y pudo contemplar los matices varios de aquella aurora; aurora inmensa, amanecer doble: el amanecer del sol y el amanecer de su alma.

¡Qué diferencia tan grande existía entre ambos crepúsculos! El material, risueño, esplendoroso, cuajado de luz brillante y pura; el moral, raquíptico, triste, iluminado también, pero iluminado por resplandores torcidos y sinuosos. Fuera de Encarnación, arriba, en el ancho cielo, un sol que nace y tiende los brazos para bordar las blancas nubecillas con festones de oro; auras que resbalan silenciosas por la bóveda gigante del espacio azul, rumores sin eco, himnos sin forma, vitalidad, energía, esperanza; dentro de ella, muy dentro, en el fondo de su espíritu, una hoguera de fiebre que, al arder, tiñe de rojo las negruzcas

humaredas del deseo; preguntas sin fin vibrando tristes en la atmósfera sombría de una duda implacable; trepidaciones caóticas, decisiones lúgubres, amargura, vergüenza, temor..... Y, sin embargo, á pesar de sus enormísimas diferencias, juntándose lo de arriba con lo de abajo, lo visible con lo invisible, la esperanza con el recelo, el crepúsculo dirigido por la Naturaleza y el crepúsculo dirigido por la sociedad, formaron acordes, si bien de una manera inconsciente, el áspero y definitivo sendero que había de seguir aquella existencia macerada.

Desde entonces Encarnación puso mayor cuidado en su atavío. Remendó hábilmente los rotos vestidos que arropaban su miseria, y haciendo con ellos numerosas combinaciones, pudo prestarles, ya que no elegancia, cierta salvaje y ruda armonía. Peinó con vanidoso esmero los oscuros rizados que adornaban su frente, y cortando una flor de tísico rosal que agonizaba en la claraboya de la buhardilla, la dejaba perderse en el revuelto mar de su azulada cabellera. Cuantos adornos pobres y humildes contenía aquel cuartucho miserable, eran aprovechados por Encarnación, que, en su anhelo infinito de embellecerse, no perdonaba medio alguno para lograrlo.

La madre veía impasible tan significativa transformación. Bien es verdad que no llegó á comprender su alcance. Era tan limitado el horizonte racional de su cerebro, que, dejando aparte los apetitos de la hembra y las necesidades del animal, apenas si distinguía confusamente un farrago de acontecimientos indefinibles. Otra, en su puesto, siguiendo paso á paso las diversas manifestaciones de aquella alma recién despierta, hubiera llegado al fondo de sus deseos y hubiera, tal vez, conseguido atajarlos con la valla del cariño ó con el dique de la reflexión; pero ella no; ella, frente á la borrasca que se cernía sobre el corazón de la adolescente, siguió imperturbable, apenas si detuvo mientes en el ansia de libertad sin orden que dominaba á su hija, apenas si, viéndola vestir una mañana, dijo entre dientes: «¡Calla, pues no se pone flores en el pelo!»

No obstante, dominada por vaga inquietud, hubo de referir á su *hombre* la escena que había presenciado, y él, riendo groseramente y encogiendo los hombros, le respondió: «¡Bah! Tontearías, entretenimientos de esa idiota.»

¡Idiota! No era este nombre el más apropiado para Encarnación. Loca sí estaba; loca de amargura, de odio; loca por encontrar un medio cual-

quiera para librarse del yugo que la oprimía; loca buscando un resquicio por donde huir del cuarto miserable que habitaba.



Dominada por la fiebre de esa locura, todas, absolutamente todas las tardes, cuando con el cántaro sujeto á la saliente curva de su excitante cadera, la falda recogida, permitiendo admirar el menudo pie y el nacimiento hermoso de la pierna, desnudo el brazo y el pañuelo anudado á la garganta, descendía la joven á la fuente del barrio y allí guardaba turno para llenar su cantaruelo, podía vérsela, con las manos cruzadas y los ojos perdidos en el antro invisible de la quimera, dejar pasar una hora y otra como si esperáse algo que tardaba en venir, pero que seguramente vendría.

¿Esperaba Encarnación alguna cosa? Sí. ¿Cuál? La ocasión necesaria, el momento oportuno de lograr sus fines. Lo esperaba segura de que no faltarían: y la ocasión vino y el momento llegó, que nunca dejan de acudir á las citas de triste

resultado esos lúgubres auxiliares de los torcimientos del alma.

Un mozalbete, no mal parecido, amamantado con la leche de todos los vicios y educado en el seno de todos los crímenes, tropezó á la muchacha cuando ésta volvía con el cántaro debajo del brazo desde la fuente á su habitación; la detuvo en el camino, elogiando su belleza con frase gráfica y persuasiva: la requirió de amores, y ella, halagada en su vanidad mujeril, viendo en el cariño de aquel hombre el cabo extremo que podía librarla de su infortunio, se asió de este cariño, oyó complacida las súplicas del mozo y aceptó gozosa su oferta.

Lo que vino luego es muy fácil de imaginar. Encarnación se entregó á su amante de una vez: le dió su cuerpo sin vacilaciones, sin hipocresías, francamente; porque las rendiciones lentas y graduales, esas rendiciones en que se entrega el honor á partículas microscópicas, para saborear su pérdida, sólo pueden verificarlos espíritus podridos y astutos, refinadores del placer sensual, espíritus que miden el provecho que ha de reportarles la cesión paulatina de su cubierta orgánica; las almas puras, aunque se extravíen, son nobles en sus procedimientos. El alma de Encarnación era

pura, y al rendir su cuerpo lo rindió por completo; y lo rindió, no tanto por necesidad de su temperamento como por el espanto que en ella producía su miserable estado. ¿Qué pretendo yo—se preguntaba.—¿Huir de mis padres? ¿abandonar mi casa? Sí. Y para lograr ese objeto, ¿qué debo hacer? Ser suya, huir con él—respondía á impulsos de su calenturienta lógica.

Y fué suya y huyó con él como huye el esclavo que en noche oscura rompe sus cadenas y abandona su cárcel, tomando á tientas el primer camino que se le ofrece. Huyó rápida, alegre, sin volver el rostro, sin temor, no precaviendo siquiera que al término ignorado de su ruta pudiera existir un abismo monstruoso, cuyas fauces entreabiertas se hallasen prontas á devorarla. ¡Qué sabía ella! Por de pronto se encontraba libre; esto era lo importante. Después.... ¡Cómo ha de pensar en después una imaginación de quince años que pisa los umbrales de lo desconocido, dejando atrás las horribles contingencias de una vida cruel y estúpida!

Es indudable que si el mozo á quien se rindió Encarnación hubiera poseído condiciones bastantes para educar un alma, la joven estaba á salvo; la fuga hubiera sido restitución, y el comienzo

del naufragio viaje tranquilo á seguro puerto. Pero el mundo descuida tanto á los seres que lo constituyen, tan escasamente regula las omisiones de la naturaleza y las perversiones del ejemplo, que cuantos, por capricho de la fortuna, no poseen las bondades de éste ni las complacencias de aquélla, se hunden, y se hunden más en el légamo sombrío que tapiza el fondo de los mares sociales. Seres nacidos en la infamia, en la infamia se educan, de la infamia se alimentan y por la infamia existen: el mundo los abandona, y allá van ellos con el ímpetu fatal de un mecanismo ciego que arrolla y destruye cuanto halla al paso.

Cuando uno de estos seres tropieza en su camino con alguna criatura nerviosa por temperamento y salvaje por educación, esa criatura está perdida sin remedio.

Así le ocurrió á la protagonista de mis apuntes. Su querido era un canalla de lo más perfecto que puede imaginarse. Vivió con ella un mes, dos, tres.... no importa el tiempo; hasta que un día, cansado de la muchacha, la vendió.

No se extrañen mis lectores de esta palabra; tomen el dicho en su acepción más estrecha. La vendió como se vende un caballo, como se vende

un mueble. Es forzoso decirlo. En las grandes capitales, centros de cultura é instrucción, en esas poblaciones que parecen animadas por ideas de libertad y progreso, existen bazares de carne blanca; bazares servidos por mujeres viejas y desdentadas y asquerosas, que trafican con la juventud igual que trafica el arriero con sus mulas, comprándola, vendiéndola, arrendándola: y esto á los ojos de la sociedad, que lo tolera, y delante de la ley, que se tapa hipócritamente la cara para no mirarlo. Sí, se venden las mujeres por sus padres, por sus hermanos, por sus queridos, y se abofetea el rostro de la moral humana, sin que la moral pública se dé por ofendida.

A uno de esos bazares, á uno de esos agujeros hediondos, donde se expende el ajeno de la sensualidad, fué Encarnación, transformada en mercancía. La condujo su amante, quien, entregándola á una mujer que satisfizo el importe de la trata, se alejó contando las relucientes monedas.

La cosa estaba hecha. Nadie logró ó quiso evitarla. Es cierto que la niña pudo haber gritado, oponiéndose á la venta, pero existen dos clases de mordaza: una ruda, fuerte, que oprime los labios y ahoga la voz; otra suave, persuasiva, deslumbradora, propia para detener con su lujoso y em-

briagador aspecto los pudores de un espíritu cándido y los retorcimientos de un cuerpo sacudido por la miseria. La astuta acaparadora de placeres que se hizo cargo de Encarnación, poesía una ciencia especial para estos amordazamientos morales. Procuró convencer á la joven, haciéndola admirar la existencia alegre que tendría; la vistió de seda, ciñó sus pies con zapatos de riquísimo valor, adornó sus cabellos con primorosos lazos y la obligó por fin á contemplarse en el inmenso espejo de clara luna que adornaba la habitación.

¡Pobre mozuela!.... Ni el amor podía salvarla. A los quince años no se ama, cuando más se desea amar. Y la inocente víctima, sin apoyo, sin razón para juzgar de lo porvenir, colmada de galantes atenciones, herida por el fastuoso deslumbramiento de un lujo ignorado, cayó una tarde cualquiera, sin fuerzas para luchar y sin experiencia para comprender, en el impuro lecho de la elegante mancebía.....

Desde entonces aquella mujer fué, poco más ó menos, como todas las de su clase. Unicamente su alma de sensitiva se cerró por completo al contacto de la impureza, quedando en sus pliegues inocente y generoso perfume; y mientras su cuerpo rodaba entre los brindis del festín y las concupis-

